



HISTORIA

Entrevista a Pablo de Lora: “Las víctimas de Paracuellos fueron vencidas antes de poder ser vencedoras”

por **Ricardo Dudda**

Pablo de Lora es catedrático de filosofía del derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. Es autor de varios ensayos, entre ellos el reciente *Recordar es político (y jurídico). Una desmemoria democrática* (Alianza, 2024), donde investiga el asesinato en Paracuellos en 1936 de su abuelo

Cecilio. Supuestamente delatado por el portero de su vivienda, se le acusó de formar parte de las quintas columnas derechistas que boicoteaban la defensa de Madrid tras el golpe de Estado de Franco. De Lora explora los debates históricos que hay alrededor de las matanzas de Paracuellos y

analiza las leyes de memoria histórica del siglo XXI.

¿Qué sabías de tu abuelo antes de comenzar la investigación?

Sabía que le habían detenido y que había estado en una cárcel. Tras la muerte de mi abuela, en 1986, mi familia descubrió unas cartas. Recuerdo a mi padre muy conmovido, porque no tenía ni idea de su existencia. Luego sintió vergüenza, porque tenía una conciencia antifranquista y ese pasado era un manchón. De todas maneras mi padre no llegó a saber mucho. Se quedó con la intuición de que su padre fue un militar muy de derechas y muy católico. No quiso saber más.

Hay un personaje fascinante, el de Caffarena, que es una especie de cronista de tu familia.

Era militar y toda la tradición militar de la familia Lora le fascinaba. Era un cristiano radical que fue alejándose de la oficialidad y la institucionalidad de la Iglesia y acabó convirtiéndose en alguien de izquierdas, a pesar de venir de una familia muy principal. Tenía interés en la historia de la familia pero también un deseo de purgar su mala conciencia por ser uno de los vencedores natos.

En uno de sus diarios se lamenta de la represión franquista: “muchas venganzas, más terribles por haber sido ejecutadas en nombre del cristianismo”. Hay muchos personajes en el libro del bando “vencedor” que tienen mala

conciencia o una visión humanista. Hubo una maldad radical en la guerra, hubo también santos, y luego hubo una escala de grises, gente que fue victimaria que estoy seguro de que pasó el resto de su vida sin poder dormir bien por las noches, pensando que tuvieron que sacrificar o delatar a alguien porque tenían que la represalia de los suyos sería peor.

Hay muchos interrogantes sobre quién denunció a tu abuelo. Tu abuela dice que fue el portero, pero luego el régimen lo descartó en la investigación.

Mi abuela dio testimonio en 1937 de lo que cree que le pudo pasar a su marido. Entonces no se sabía muy bien lo que ocurrió en Paracuellos. No se supo bien hasta después de la guerra.

En mi casa, mi padre contaba que la primera delación provino de la fontanería que está justo enfrente de casa, que todavía existe y se llama Collado. Pero no lo he podido corroborar y tampoco lo he querido hacer. Hay otros victimarios más inmediatos que sí que se conocen, como Santiago del Amo o Álvaro Marasa Barasa, responsables directos de Paracuellos que fueron sometidos a juicios sumarísimos y fusilados muy pronto. A esos sí que los menciono. Pedro Corral ha investigado cómo el régimen represalió a quienes participaron incluso de manera indirecta en los fusilamientos, por ejemplo los vecinos de Paracuellos que cavaron las fosas. Ese agricultor de Paracuellos que tiene una azada y llegan los milicianos... ¿no era un pobre hombre que cavó a punta de pistola?

Hay varias historias de chivatazos entre vecinos. Una empleada del servicio denuncia a la familia de la casa en la que trabaja por “mostrar alborozo ante el paso de la ‘aviación fasciosa’”.

Había tipos penales en la República durante la guerra que perseguían el “jaleo” o “elevar preces”, desear

al altísimo que interceda para que ganasen los sublevados. Y eso era un tipo delictivo. De nuevo, hago una lectura caritativa. Es una legislación de guerra. Pero había una divisa clave en el pensamiento penal ilustrado que decía que el pensamiento no delinque. El rezo no debería delinquir tampoco.

Después de que desapareciera tu abuelo, tu abuela escapó de Madrid gracias a la embajada británica.

Se quedó en Madrid con sus cinco hijos hasta septiembre de 1937, cuando escapó en una ambulancia. No he podido comprobar si fue con la escocesa Miss Jacobsen, en una de sus ambulancias de evacuación. Es un personaje que da para una novela. Forma parte de esos hispanistas anglosajones tan fascinados con España.

Hay un debate historiográfico sobre la existencia o no de una quinta columna fascista en Madrid, argumento que usaron los responsables de Paracuellos para justificar las sacas.

Una teoría dice que la República en Madrid se inventó aquello de que el general Mola había dicho que había una quinta columna en la ciudad. Otra teoría habla de que había miedo a que cuando los sublevados entraran en Madrid los detenidos en las cárceles se unieran a ellos. Pero esos supuestos quintacolumnistas eran señores mayores que llevaban años sin disparar. Mi abuelo se retiró del ejército por una rotura de fémur que lo dejó medio cojo. Y luego está la hipótesis, que en la lógica de la guerra me parece muy verosímil, de que los militares encarcelados se negaron a sumarse a la defensa de Madrid. Entonces los responsables de la defensa de Madrid aplicaron el código de justicia militar. Pero creo que hubo muy pocos casos. Además, igual que por su edad no podían ejercer de quintacolumnistas, tampoco parecían capaces de defender como militares la República.

Santiago Carrillo siempre fue muy ambiguo sobre su participación en las matanzas de Paracuellos. Paul Preston escribe en *El Holocausto español* que “fue uno de los principales participantes en la toma de la decisión y en la organización de las ejecuciones” y que “estuvo plenamente implicado”. Sin embargo, señalar eso y en determinados círculos es casi de mal gusto.

Si está aceptado que lo que hizo Juan Yagüe en la plaza de toros de Badajoz no fue una acción de guerra sino el asesinato masivo de inocentes desarmados, ¿por qué no se puede decir lo mismo de Paracuellos? Eso que señala le ocurre incluso a gente tan razonable como José Álvarez Junco, que en su libro *Qué hacer con un pasado sucio* dice que “Si homenajeamos a las víctimas de Badajoz, *provocamos que Vox* homenajee a las de Paracuellos. Todo acercamiento se convierte entonces en imposible.” En la presentación de mi libro, dije una cosa que molestó a mucha gente: creo que el PP no tendría problemas en acudir a un homenaje a las víctimas de Badajoz. ¿Tú te imaginas a alguien del PSOE en un homenaje a las víctimas de Paracuellos? Tuve muchísimas dudas porque pensé que al escribir un libro sobre Paracuellos me estaba colocando la última de mis medallas de honor de la fachosfera. En el título, de hecho, no podía aparecer la palabra Paracuellos.

También se ha hecho muy mala historia sobre Paracuellos.

Sí, y se daban cifras muy inexactas, y si se demostraban falsas, se decía “bueno, es que las cifras dan igual”. No, no dan igual. No vale decir, como decía el periódico *El Alcázar* cuando iba a legalizarse el PCE, que hubo 12.000 asesinados. Hay un investigador, Miguel Platón, que ha hecho un estudio pormenorizado de la represión en número de muertos. Nos habíamos quedado con la cifra de 100.000 fusilados tras la guerra, que

es una barbaridad. No fueron 100.000 sino 20.000, hasta 1948, cuando acabó el Estado de excepción.

Hay historiadores que dicen que solo deben repararse las víctimas de la represión franquista porque las víctimas de la violencia republicana ya fueron compensadas durante la dictadura.

Es considerar que esas víctimas no requieren un homenaje. Muchas de las víctimas de Paracuellos son, como yo cuento, “venceheridos”, si este neologismo tiene algún sentido. Fueron vencidos antes de que pudieran ser vencedores.

Parece que cuanto más sabemos sobre, por ejemplo, la violencia en la República, más intentos institucionales hay por idealizarla.

Es un síntoma de desesperación. Se les acaba un poco el combustible. Hay historiadores que han desafiado esa lógica, como Enrique Moradiellos o Santos Juliá. *Las armas y las letras* de Andrés Trapiello fue para mí una epifanía, y *Fuego cruzado* también lo está siendo.

Y luego yo he hecho una indagación sobre el debate de la Ley de amnistía de 1936. Algunos de mis santones ideológicos o académicos, como Jiménez de Asua, salen malparados. Lees los artículos de 1934 y 1935 de Luis Araquistáin en la revista socialista *Leviatán* y ves que no defiende la democracia, defiende la revolución proletaria. Y te hace pensar: ¿yo dónde habría estado en ese momento?

La Transición es, desde luego, olvidar Paracuellos y Badajoz. Pero muchos años después vale mucho la pena revisarlo y pensar qué fue aquello. Sin ánimo de revancha ni con la intención de ir ahora a la fontanería desde la que delataron a mi abuelo y ponerme a gritarles.

La generación que vivió la Transición defendió una especie de

“olvido”. Pero hoy ya no tiene mucho sentido.

Hay que visitar todo igual que seguimos estudiando las guerras carlistas. Y sin ánimo presentista. No puedes considerar que desde el minuto 1 del 19 de julio todo lo que sigue a continuación, incluso cuando España se consolida y es reconocida internacionalmente, es ilegítimo. ¿Qué haces entonces con las condenas a la pena de muerte que hace Ruiz Giménez en los consejos de ministros? Se hacen equiparaciones con otros países que son inexactas. En el franquismo no había vuelos de la muerte ni una Escuela Mecánica de la Armada como en Argentina. El franquismo llegó a tener un aparato institucional consolidado, con sus jueces. Y no era un Estado de derecho, claro. Pero no puedes decir que fueran asesinatos parapoliciales.

En el caso de Manuel Fraga, por ejemplo, ¿cómo no vas a hurgar en su historia? Hizo cosas muy buenas durante la Transición pero otras muy oscuras en el franquismo. Te sirve para contrastarlo con otros personajes del régimen, como Ruiz Giménez, que dijeron: yo no puedo participar en esto.

Analizas un auto del juez Baltasar Garzón en 2008 contra los responsables del golpe del 36. Años antes, Garzón rechazó un auto parecido contra Carrillo y el PCE por las matanzas de Paracuellos.

A quienes decimos que el Estado de derecho es una convención necesaria, no suficiente, se nos acusa de formalistas. Pero las formas son muy importantes porque los jueces, en general, tienen un poder brutal, y el Estado también. Los jueces juzgan y hacen ejecutar lo juzgado. Los jueces no son historiadores ni están para hacer justicia transicional que no implique aplicar normas con consecuencias en términos de restitución de una deuda, declaración de que un delito ha prescrito pero se ha cometido... Eso es lo

que hizo Garzón en los llamados juicios contra el franquismo. Es consecuencia de una muy mala dinámica que se crea en los inicios de la llamada justicia transicional, con los relatores de la ONU, sobre todo Pablo de Greiff, que ha tenido sus epígonos en el Tribunal Constitucional, donde se está diciendo en votos particulares cosas parecidas: “bueno, sí, ya sabemos que todo esto ha prescrito, pero es también nuestra función”. Pues no, no es su función. Si una magistrada quiere publicar una tribuna, que lo haga. Pero que no use los recursos públicos. Pasado mañana habrá magistrados de otro signo que harán todo lo contrario y aprovecharán para decir que Carrillo fue un asesino. Pero esa función no le corresponde a un juez.

Paradójicamente, cuanto más tiempo ha pasado, más audaces son las aspiraciones de reparación.

Intento explicar en el libro el debate que se abre en 1976 a propósito de la amnistía de Carrillo. Carrillo llega a Madrid en diciembre de ese año ilegalmente. El PCE es una organización ilegal. Lo detienen. Hay un sector de la prensa española más próxima al búnker que defiende que debe ser juzgado por los crímenes de Paracuellos. Lo que ocurre es que en el año 1969, coincidiendo con el treinta aniversario del final de la guerra, Franco decretó una nueva amnistía que declaró amnistiados todos los delitos cometidos antes del 1 de abril de 1939. Entonces surgen voces en la derecha que dicen que esos delitos son imprescriptibles. Es exactamente lo que dicen Garzón y la izquierda décadas después.

Haces un esfuerzo por desidealizar algunos aspectos de la Transición, por ejemplo la amnistía al terrorismo de ETA en 1977.

Cuando lees algunos aspectos de la amnistía llegas a la conclusión de que quizá Alianza Popular sí tenía razón cuando sospechaba de ella. Por eso

se abstuvo. Y ETA tardó dos meses en volver a matar. Hay historias sorprendentes como que los asesinos de los abogados de Atocha en 1977 pidieron ser incluidos en la amnistía. O los miembros del Ejército Popular Catalán, un grupo terrorista independentista que asesinó al exalcalde de Barcelona. El juez de la audiencia provincial al que le llega el caso aplica la amnistía porque la ley buscaba amnistiar las acciones violentas que buscaran “el restablecimiento de las libertades públicas” o la “reivindicación de autonomías de los pueblos de España”. Y ese grupo terrorista encajaba en esa descripción. Y luego el Tribunal Supremo, para negar la amnistía a estos terroristas, hace una sentencia que no hay por dónde cogerla, donde dice que en realidad eso no era terrorismo.

¿En qué se diferencian, por ejemplo, la ley de memoria histórica de 2007 y la de 2022?

POLÍTICA

El cártel de Puigdemont

por **Antonio Rivero Taravillo**

Entre las muchas comparaciones que pueden realizarse entre el expresidente de la Generalidad de Cataluña y otros fugados, forajidos y delincuentes (con todos los “presuntos” que se quiera hasta ser juzgados), una de las más llamativas es la identificación de su caso, el caso que padecen la mayoría de catalanes y el resto de españoles, con el mundo del narco mexicano. Con el del narco y con todas las formas de corrupción por desgracia tan arraigadas en la república americana.

La de 2022 ofrece cambios más retóricos. Tiene una exposición de motivos más inflada. Y hay una disposición adicional, que está hecha para Bildu, en la que se habla de que se creará una comisión que investigarán los posibles abusos de derechos humanos cometidos hasta el 31 de diciembre de 1983. Ese plazo es para que se incluya el caso de Lasa y Zabala y el terrorismo de Estado de los GAL. Al incluir esa prolongación en la ley se está asumiendo que no había Estado de derecho ni tribunales en España en la época, cuando el Constitucional llevaba ya dos años desmontando la legislación franquista. Lo sustancial es el intento de anular todos los crímenes del pasado, algo que no puedes hacer. Por eso se ha creado la fiscalía de memoria del Tribunal Supremo. En el fondo es una degradación de la ley anterior y tiene un enorme efecto corrosivo. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

No es que Puigdemont y sus sicarios hayan tirado de armas automáticas para acabar con sus víctimas, luego disueltas con ácido en cementerios clandestinos; pero sí que han disuelto en el ácido del odio la convivencia democrática, y no les han faltado muestras de violencia extrema como las de los asedios varias noches seguidas a la comisaría de la policía nacional en la barcelonesa Vía Layetana en 2019. Muertos habría habido sin duda si las bandas de la delincuencia organizada conocidas como CDR (Comités de Defensa de la República) hubieran pasado a la acción letal después de retratarse algunos de sus miembros con fusiles de asalto, y si hubieran puesto en pie ese pequeño ejército de 10.000 efectivos con el que soñaron. Más aún, si hubieran pactado como pretendían con Rusia para

desestabilizar (más todavía) España y la Unión Europea.

A Puigdemont hay que verlo, pues, como uno de esos jefes de cárteles que pasan a la clandestinidad, sobre los que se cantan narcocorridos y que gozan de un inmerecido apoyo por parte de sus comunidades, que los protegen y ocultan sin que los gobiernos legítimos de los Estados o el federal puedan someterlos y ponerlos a disposición de la justicia (en España, en vez de Tamaulipas o Guerrero, estaríamos hablando de Cataluña; y en lugar del ejecutivo que se asienta junto al Zócalo en la Ciudad de México, sería el de Madrid como capital de la nación). Jefes que se benefician de un clientelismo notable en las zonas que controlan, y que hacen que, por ejemplo, en Culiacán (Sinaloa) hace pocos años se planteara un pulso al Estado de derecho para conseguir que se zafara de las fuerzas policiales un hijo del Chapo Guzmán. Sucedió lo que en Barcelona recientemente cuando los *mosos d'esquadra* (la fuerza competente si no pareciera esto una ironía) dejaron escapar a Puigdemont en su flagrante regreso tras siete años de fuga: no intervinieron cuando tenían que hacerlo “para preservar la paz y no producir incidentes”, se han excusado. La consecuencia está en el bochornoso recuerdo de todos: el fugado, el jefe del cártel, siguió libre pese a estar reclamado por los tribunales.

Esto solo pudo ser posible por la repetición de esquemas muy penosos tanto en México como en España: gobiernos débiles y debilitantes. Recuérdese la receta de López Obrador para combatir el narco: “abrazos, no balazos”, digna de Sánchez, cuya “solución” para Cataluña es ceder, ceder y ceder hasta más allá de lo imaginable supuestamente en aras de no se sabe bien qué reconciliación, ostentamente rechazada por los narcos (quiero decir los independentistas). Además, la impunidad viene asegurada por políticos y policías corruptos. En Cataluña, los cabecillas del referéndum ilegal del 1 de octubre de 2017 no

solo convocaron algo que no tenían derecho alguno a convocar, es que además movilizaron importantes recursos públicos para ello; es decir, los malversaron. Que se enriquecieran personalmente o no es lo de menos, aunque ciertamente Puigdemont declara ahora bienes muy superiores a los que poseía antes de la gran estafa que protagonizó. ¿Cuál estafa? La mayor que se recuerda en Europa en mucho tiempo: la de, mediante un referéndum falso al que, por ser tan palmariamente ful y bufo, no concurrieron quienes estaban en desacuerdo (más allá de una exigua cifra que siempre viene muy bien cósméticamente para justificar), declarar la independencia de una comunidad autónoma, saltándose la Constitución. Una estafa que ni el timo de la estampita, “justificada” por esas papeletas falsas, con ese censo falso y ese centro de cómputo falso. Por eso, cuando por una vez el poder del Estado de derecho actuó (tarde), Puigdemont se escurrió como tantas veces han huido el Chapo y otros.

Policías (*mossos*) corruptos lo han ayudado desde entonces, llevándolo de aquí para allá y ocultándolo o facturándolo en coches como si de narcojefe o fardo de droga se tratara. Tras la aparición este agosto en las calles de Barcelona como si pasara tan pancho por Culiacán, fueron detenidos tres *mossos* que lo ayudaron como ayudan los guardaespaldas del narco a los suyos. Y desde la jefatura del cuerpo se ha reconocido que tiene que haber más implicados (Arcadi Espada llegó a escribir un brillante artículo titulado muy apropiadamente “El cuerpo del delito”). Hay voces que ya exigen el desmantelamiento de todo el cuerpo (que ya fue tan laxo con los golpistas y sus seguidores en 2017). Probablemente esa medida sea exagerada, pero los restos de dignidad que quedan en México muestran que a veces ha habido que desarmar todo un cuerpo infiltrado por la corrupción y el narcotráfico. En 2018 sucedió con los más de setecientos efectivos de la policía municipal de Tlaquepaque, en el área metropolitana



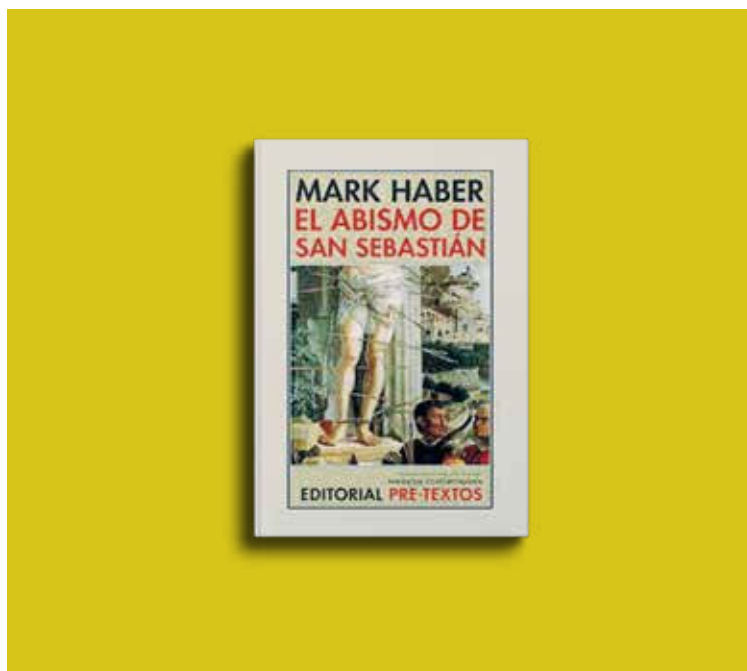
de Guadalajara (Jalisco), tal era el nivel de connivencia con los delincuentes. Hay muchos casos parecidos en el conjunto de México. Tantos que durante años ha tenido que ser la marina la que por pedregales y sierras, tan lejos de las ondas azules, ha tenido que vigilar y acometer acciones, dada la pasividad o la complicidad con los delincuentes de quienes tenían que intervenir.

También hay numerosas ovejas negras entre los gobernadores (por ejemplo, el de Veracruz que huyó a Guatemala perseguido por la Interpol), y hasta entre no pocos jueces y fiscales. El narco tiene una impresionante fuerza, aunque de vez en cuando caigan apresados algunos jefes, que es lo que debió haber sucedido con el expresidente de la Generalidad hace unas semanas. La desfachatez de Puigdemont es pareja a la del último jefe de cártel detenido (en Estados Unidos), Mayo Zambada, que en una carta remitida por su abogado declaró que en el momento de “ser secuestrado” iba a intervenir en una reunión con el gobernador del estado y un exalcalde de Culiacán en la elección del rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Como se ve, una mezcla de novelas de Jorge Ibarguengoitia y de Élmer Mendoza, entre lo chusco y lo trágico. Hasta eso se ha llegado (en Cataluña, la intromisión de la política independentista en los centros educativos y

las instituciones culturales dejó de ser novedad hace ya tiempo).

A lo largo de estas líneas se ha hecho mención en varias ocasiones al narcotráfico. Parece que ahí habría una diferencia con el fugado catalán, pero no. Puigdemont y demás miembros de su banda trafican con una droga poderosa que no se obtiene mediante la síntesis química de sustancias, sino mediante la manipulación de los ciudadanos y sus ilusiones: el nacionalismo como odio del pueblo, con permiso de Marx (al fin y al cabo, el nacionalismo es una religión o, más exactamente, por oposición a las demás, una secta). Puigdemont ha estado vendiendo esa droga desde hace años no ya a las puertas de los colegios sino dentro de los mismos, y la ha exportado manchando el nombre de España con esas acusaciones de “represión” que siempre tiene en la boca. La carta de Mayo Zambada terminaba, muy cínicamente, con “un llamado a los sinaloenses a la medida y a mantener la paz en nuestro estado. Nada se resuelve con violencia”. Así concluía su misiva el líder del cártel de Sinaloa, la organización criminal. Un santo, Zambada. Como Puigdemont. La diferencia entre ambos es que aquel está ya entre rejas, y este (poderosos son sus cómplices) continúa libre. ~

ANTONIO RIVERO TARAVILLO es escritor. Su libro más reciente es *Luna sin rostro* (Pre-Textos, 2024).



LITERATURA

Novela para enmarcar

por **Rodrigo Fresán**

De vez en cuando sucede de nuevo, de tanto en tanto vuelve a ocurrir lo que alguna vez ocurrió. Alegría, alegría. Me refiero aquí a la extrañeza —a partir de ese radical gesto fundante de Melville & Hawthorne y de Bartleby & Wakefield— de buscar y encontrar ya en los inicios una literatura *made in USA* que no se conforma con demostrar obediencia a lo que enseguida dictaría los rigores de un pesadillesco sueño americano. Y que —sin desdeñar sus ocurrentes insomnios— hallase algo más que, paródica o trágicamente, la vida en el suburbio o la ciudad, el retrato de matrimonio disfuncional, la vida en el camino, las subidas y bajadas de la carrera profesional, el conflicto entre padres e hijos y las tensiones entre Nueva

York y Los Ángeles con escalas intermedias en esas plantaciones sureñas siempre basculando entre lo isabelino y lo gótico o en barrios judíos al borde de un ataque de nervios. Así —periódicamente y amparados por ese revolucionario que llegó desde lejos para revolucionar todo lo cercano que fue Vladimir Nabokov— las reconocibles extrañezas de, por nombrar tan solo algunos, nombres y títulos como los de Donald Barthelme, William H. Gass, Thomas Pynchon, William Gaddis, Stephen Dixon, David Markson, Nicholson Baker, Steven Millhauser, Jonathan Lethem, David Foster Wallace y Ben Lerner, quienes —colonizando colonizados— se arriesgan a mirar hacia fuera y lejos para así poder ser mejores desde dentro. No solo a Europa sino, también, a Latinoamérica y a España y al infinito y más allá. Suerte de turistas mentales (tal vez el ejemplo de Paul Auster haya sido, con sus más y sus menos y más o menos, el más paradigmático y popular) que, de algún modo, acaban siendo más celebrados y mejor comprendidos fuera de

EL ABISMO DE SAN SEBASTIÁN

MARK HABER

Traducción de José Luis Piquero

Valencia, Pre-Textos, 2024,

154 pp.

casa y donde supieron abrir la puerta para salir a jugar.

Y —dentro de este sanísimo síntoma— el bienvenido y mejor salido caso de Mark Haber ya es algo atendible y festejable. Mark Haber (nacido en Washington D. C. en 1972, profesor y traductor y alguna vez gerente-librero de cabecera en la legendaria Brazos Bookstore de Houston y hoy director de marketing editorial en la muy molona y moledora Coffee House Press) es el mejor ejemplo (im)posible. Alguien que no solo sabe lo que se escribe al lado sino, también, al otro lado (Haber tiene en su haber artículos sobre César Aira o Yuri Herrera o Enrique Vila-Matas o Mila Menéndez Krause). Y —*last but not least*— Haber también sabe muy bien lo que escribe y quiere escribir él. Así, luego de publicar en 2008 la colección de relatos *Deathbed conversations* —traducida al español como *Las barbas de Melville* (Siruela, 2017)—, Haber saltó en 2019 a la novela breve (ese formato perfecto según Henry James, quien saltó hacia UK para enrarecerse con *El jardín de Reinhardt* (Siruela), finalista en su momento del premio PEN/Hemingway. Y, claro, fue el tipo de *nouvelle* tanto/mucho más amplia por dentro que por fuera y cuyas ambiciones no tenían por qué estar reñidas con las de la tan mentada y por lo general obligadamente voluminosa “gran novela americana”. Solo que su melancólico protagonista nada WASP respondía a las señas de un tal Jacov Reinhardt: croata y heredero de un imperio de tabaco dando vueltas por selva argentina-uruguaya a principios del siglo XX y a la caza del filósofo imposible y misántropo Emiliano Gómez Carrasquilla. Y lo que encuentra allí el lector son, además, las encandiladoras sombras de otros aliens literarios como Jorge Luis

Borges, Italo Calvino, Joseph Conrad, Antonio Di Benedetto, el Roberto Bolaño de *Estrella distante* y *Nocturno de Chile* y, muy especialmente, Thomas Bernhard. Todos como documentados por la cámara de Werner Herzog. Un viaje, un *trip*, una gran aventura.

Con *El abismo de San Sebastián* (originalmente de 2022) Haber redobla la apuesta y ahora son dos mejores amigos/enemigos y críticos de arte quienes han (de)construido toda su carrera alrededor de un acaso milagroso pequeño cuadro. Una “joya temblorosa” de apenas 12x14 pulgadas que da título a la *novella* y está firmada por el apócrifo y más bien indisciplinado y certificado sexópata y cegado por la sífilis conde Hugo Beckenbauer en el siglo XVI (y de quien apenas sobreviven tres obras, las otras dos son horribles y se entera uno de todo esto a partir de la lectura del *journal* de su atribulada ama de llaves). Un norteamericano y un austriaco que, entre ambos, han dedicado más de veinte libros a la celebración de ese casi secreto que “descubrieron” en su juventud de estudiantes en Oxford y que por estos días anda colgando en un rincón del Museu Nacional d’Art de Catalunya en Barcelona. Y ahora, en los bordes de un lecho de muerte—más *deathbed conversation*, sí— quieren hacer las paces más o menos *raisonné* pero, enseguida, nada más que para declarar más guerra académica para seguir compitiendo por quién tiene el síndrome de Stendhal más grande. Y, sí, ecos de *Pnin* y de *Pálido fuego* y felicidad

y asombro renovados. Y, claro, una de las cuestiones apenas subliminales en su trama es el duelo entre la acaso profundidad europea y la supuesta ligereza norteamericana a la hora de pensar grandes ideas: las ansias de novedad del Viejo Mundo versus la compulsión por el ser clásico del Nuevo Mundo. Haber—cuyas contrapartes británicas bien pueden ser los igualmente formidables Tom McCarthy o Adam Thirlwell—se divierte divirtiendo, pero, como en *El jardín de Reinhardt*, lo que aquí acaba floreciendo y creciendo y cubriéndolo todo como una cruz entre hiedra y kudzu es una florida variedad de eufórica tristeza. Algo, por momentos, con destellos de Coen Bros. o de Wes Anderson, pero fulgurantemente fue Mark Haber quien, en una entrevista, explicó así su método: “Siempre empiezo con una premisa muy simple, a veces nada de nada. No sé qué quiero decir ni de qué ‘trata’ la historia. El significado viene después. A medida que avanza la historia, surgen temas, obsesiones e ideas. En cierto modo descubro lo que me importa (o lo que les importa a los personajes) mientras escribo. Soy muy afortunado, porque tengo una imaginación vigorosa, por lo que estas cosas aparecen constantemente y tengo que decidir qué funciona y qué hay que excluir. Mis libros pueden parecer complejos o un número de equilibrista, pero siempre comienzan como una simple línea recta que va recopilando detalles a medida que avanza. Es muy emocionante escribir de esta manera: no tener

nada planeado y sorprenderse sobre la marcha... Algo de lo que también me cuenta hace muy poco es que a mis personajes les aterroriza la mediocridad. Es una constante: mi gente teme ser simple u olvidable. Para ellos es la peor condena posible. Y siguiéndolos hasta dónde llegarán para evitar la mediocridad es cuando me adentro en el reino de lo absurdo... Creo que hay un poco de esto en todos nosotros, ese deseo de sentirnos diferentes y especiales, que es tan humano. Especialmente en los artistas. Ese necesitar creer que eres la primera persona que ha tenido tal o cual idea o que tu trabajo ‘destaca’ y es ‘diferente’. Me parece muy divertido explorar esa debilidad: hasta dónde llegará alguien para y por ser recordado. De ahí esa desesperación en mis personajes que ellos intentan encubrir con posturas intelectuales.”

Y buena nueva renovada, más posturas e imposturas: en noviembre Haber publicará *Lesser ruins*. Otra inmensidad compacta con doliente profesor viudo obsesionado por hallar algo así como la piedra filosofal y partícula divina y *big bang* reflexivo-dialéctico que ha permitido la existencia milagrosa de los ensayos de Montaigne mientras es visitado por espectros del holocáustico pasado y padece fantasmas del presente apocalíptico. Y, sí, de nuevo—como en *El jardín de Reinhardt* y *El abismo de San Sebastián*— algo que ya puede ser considerado, con su estilo de reiteraciones y variaciones y circunloquios y elipsis y digresiones, como el tema y estética y estilo del Mark



Haber Museum: la certeza siempre plagada de dudas de que solo el Gran Arte podrá salvarnos pero, a la vez, la tan inspiradora incertidumbre en cuanto a cómo debemos relacionarnos y reaccionar frente a él. Allí, acordonado y tras los blindados cristales del intelecto apasionado y de la pasión intelectual junto a un pequeño cartel donde se lee un “Se ruega no tocar, pero sí leer.” ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. Su libro más reciente es *El estilo de los elementos* (Random House, 2024).

FOTOGRAFÍA

Romualdas Pozerskis, el fotógrafo de la libertad

por **Bárbara Mingo Costales**

Se pueden comprender los últimos cincuenta años de Lituania a través de las fotografías de Romualdas Pozerskis, nacido en Vilna en 1951 y criado en Kaunas. Desde principios de los años setenta ha documentado momentos clave de la historia de su país, así como destellos de un mundo que ya ha desaparecido. Su trabajo forma parte de las colecciones de instituciones como el Museo Nacional de Lituania, la Biblioteca Nacional de Francia, la FIAP, el Museo de Arte Ackland o el Museo de Arte Moderno de Suecia, entre muchas otras. Además ha publicado una veintena de libros, los más recientes de los cuales se presentarán en un acto especial en el próximo festival ValenciaPhoto.

Estudió ingeniería eléctrica, ¿cómo acabó haciéndose fotógrafo?

En los tiempos soviéticos, en toda la Unión Soviética, la fotografía no era una enseñanza reglada. La fotografía



es una mezcla de arte y técnica; tienes que comprender muy bien cómo funciona el proceso para llegar a la fotografía, y por eso muchos fotógrafos lituanos estudiaron ingeniería. En 1972, cuando yo estaba en tercero, empezaron los primeros aires de libertad. Un hombre se quemó a lo bonzo [se refiere a Romas Kalanta; su muerte a los diecinueve años desencadenó una serie de manifestaciones que el régimen reprimió con dureza]. Yo asistí a las revueltas, me detuvieron y acabé en el calabozo. Como consecuencia, me echaron de la escuela. Cuando me soltaron empecé a trabajar como fotógrafo. No terminé los estudios hasta más tarde.

Su primera serie, *Restless riders* (1972-1974), transmite una gran vitalidad. Retrata a unos jóvenes en moto sobre fondos de bosques y carreteras. Parecen poetas beat en pleno viaje sin destino claro. ¿Quiénes eran, por qué buscaban la libertad al aire libre?

Esas fotografías no tenían un propósito artístico. Las hice para mis amigos. Somos mis amigos y yo, cuando íbamos por ahí en moto. Mi compañero

Tomas Pabedinskas, que da clase de fotografía en la universidad conmigo, las encontró hace unos diez años. Editamos un libro y a partir de entonces esa serie se hizo célebre.

***Lithuanian pilgrimages* (1974-2001) abarca muchos años y muchos cambios. Son fotografías de escenas al aire libre donde encontramos un poco de todo: la gente en peregrinación, los picnics, los niños jugando... ¿Cómo es que había esas manifestaciones religiosas en aquella época?**

Yo era un niño de ciudad y no conocía esas romerías. Cuando crecí un poco y empecé a salir por ahí con la moto me encontré con ellas. Me encantaron. En Lituania estaba prohibido ir a la iglesia, de modo que la asistencia quería decir que estabas en contra del régimen soviético. Por eso lo tomé como una expresión de libertad y empecé a fotografiarlas. Están compuestas por muchas cosas. En esas peregrinaciones participan jóvenes, mayores, niños, y hay mucha etnocultura, una afirmación de tus valores, tus tradiciones; eres tú. Es algo lleno de riqueza y por eso me gustó tanto.

Progresos

por Mariano Gistáin

Otro tema de las fotografías es cómo se relaciona la gente entre sí, como por ejemplo en la serie *Old towns (1974-1985)*, que resulta muy cinematográfica. Se ven los puestos callejeros, las relaciones entre adultos y niños, se entiende que se hacía mucha vida en la calle. ¿Cómo ha cambiado la vida en las ciudades lituanas en estos años?

Ha cambiado por completo. Los patios se han cerrado. En muchas de mis series aparecen patios de manzana. Ahora los han cerrado y se han hecho privados. Otra cosa determinante es que ya no se puede fotografiar a los niños sin permiso. Muchas de estas fotos hoy en día sería imposible sacarlas.

La serie *Children's hospital (1976-1986)* retrata el día a día en un hospital infantil. ¿Qué hospital era? ¿Lo fotografió con la idea de hacer un libro?

Tenía veinticinco años. Me encargaron hacer un libro sobre un hospital de Kaunas. Cargué la cámara en color y en blanco y negro. Me dieron permiso para fotografiar todo el proceso vital, desde los partos hasta la morgue. También estuve haciendo guardias en la Cruz Roja de Kaunas, e iba con la bata blanca y todo. Estaba ahí cuando traían a los niños, les daba primeros auxilios y documentaba el proceso. A partir de esta serie comencé otra, que se llamaba *Last home*, sobre las residencias. Al hospital llega la gente para curarse y volverse a su casa, pero en cambio a la última casa llegas y no vas a salir, solo entras.

Las fotos de *Lithuanian America* van del 88 a 2003. Aparecen los lituanos emigrados, de varias generaciones, en sus negocios, en su ocio, algunos se han dedicado a la política o al arte. ¿Cuántos viajes ha hecho a las comunidades lituanas de América? ¿Qué encontró allí? ¿Tenían presente todavía a Lituania?

Empecé a ir en 1988, antes de la declaración de independencia [en 1990]. En Lituania hay cuatro millones de

habitantes, y entonces en Estados Unidos vivían cerca de un millón de lituanos, y eran muy activos. Hoy en día ya están muy dispersos por el país, pero entonces estaban muy concentrados. En el 88 fotografié iglesias, bares, romerías, cementerios... Solo en Chicago había diecisiete iglesias lituanas. Muchas iglesias acabaron vendiéndose, cuando les hacía falta el dinero.

Una de las series, *Little Alfonsas (1993-2008)*, retrata a un hombre muy bajito en su día a día. Sale con los animales de la granja y apenas es más alto que las cabras, o con sus amigos del pueblo que le doblan la altura. ¿Quién es?

Lo vi en la calle, llevaba un saco grande. Le pregunté si podía hacerle una foto y me dijo que sí. Me invitó a su casa. Mantuvimos la relación, y desde entonces hasta su muerte lo seguí fotografiando. Medía noventa centímetros. Era el hombre más bajo de Lituania.

La serie *Lithuanian way to independent* documenta la Cadena Báltica y los movimientos que condujeron a la independencia de su país. ¿Cómo afrontó ese trabajo?

Estas fotos se pudieron ver en 2021 en España, en una exposición itinerante llamada "Camino a la libertad". Son el registro de lo que pasó en el 89 [el 23 de agosto; la cadena humana de seiscientos kilómetros y más de un millón de personas que cruzó las tres repúblicas bálticas, pasando por sus capitales, para pedir la retirada de las fuerzas soviéticas], pero documentan desde las primeras manifestaciones, en el 88, hasta la salida del último tanque de Lituania. En 1988 el baloncesto representaba la libertad, pero ese papel de símbolo lo asumió, cuando se creó, el movimiento Sajūdis, que es como un movimiento de resurrección. La última fotografía se tomó en el 93, cuando salieron los últimos soldados. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Su libro más reciente es *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza, 2023).

Sentir este cuerpo, comprobar que le pican los mosquitos y que podría morir. Sentir este aguijón de nuevos venenos sintéticos, coger un albaricoque, ajuste fino de los dedos, tocar sin saber un piano, unos pechos (los míos), recordar ciertos ensalmos, letanías ilegibles para este cerebro nuevo tantos años sin estrenar que no espera nada y el manual está en chino abreviado [...].

El cambio climático era verdad, o por lo menos el calor nos mata, deberíamos habernos ido hace años, cuando avisaron, recuerdo que pasó una furgoneta con altavoces, y un helicóptero lanzaba octavillas, aquí guardo una. Lo que nos reímos. Desconfiamos, pensamos que nos querían quitar los huertos, las tierras. Luego cortaron el agua y volvimos a habilitar los pozos. Y aquí estamos.

El verano es todo el año, hay un respiro en diciembre o enero, ya no sé, pero a este paso no vamos a llegar. Tú no te acuerdas porque te han puesto ese cuerpo de adonis apolíneo y no te funciona la memoria, ni de cerca ni de lejos. Ayer dijimos que bajaríamos a limpiar la bodega inferior, es lo único que puede salvarnos. La de arriba ya ha cogido calor y tampoco se puede estar. No queda dónde esconderse. Podríamos cavar si tuviéramos fuerzas. En los mástiles de los generadores que dejaron tirados vive mucha gente, son tubos huecos inmensos, pero cuando se recalientan ya no se puede estar.

Sí, sí, vete por ahí a acariciarte, para ser un experimento gratis lo tuyo es una maravilla, lástima que no quede casi nadie para admirarte, nadie a quién seducir, eres un resto del programa de narcisismo provincial, deja, tira, marcha, ya limpio yo la bodega de abajo, quizá tengas refrigeración asistida o resistencia térmica pero ni esto de seso.

La bodega está infestada de trastos, yo no recordaba haber bajado nunca, y dicen que aún hay otra más abajo, a esa no llegaremos aunque igual huyendo del calor llegamos al infierno. He encontrado un cuerpo casi entero, seco pero bien, o sea, se parece a los retratos de los antepasados que vendimos al anticuario aquel. Lo he sacado entero y se lo he llevado al médico, que tiene un espectrómetro o algo así. Pero se ha roto la rueda del carrito.

Lo llamamos médico por entendernos y porque a veces nos da pastillas de longevidad, a él le prueban bien pero jodo, a los demás no nos hacen el mismo efecto, él dice que es porque no tenemos constancia, el médico debía ser un investigador, creo que vino ya jubilado con todas esas cajas de pastillas milagrosas y una furgona llena de artilugios, ya no me acuerdo, y ahora es casi un niño, aunque la barba le llega hasta el ombligo. Bueno, cuando llegó era una mujer, pero se ve que con tantas pastillas y tanta longevidad ha evolucionado el chaval.

Me dice que no vale la pena pasar el cuerpo por la máquina porque de esos ha visto a montones, dice que esta zona está llena de cuerpos como este, y yo que pensaba venderlo en alguna subasta y sacar un extra... Dice que es un neandertal aunque ya evolucionado, y que las bodegas de esta zona los conservan muy bien. Dice que a los vecinos les debía de dar vergüenza enseñar esas criaturas un poco raras, tampoco tanto, y por eso las mantuvieron en las bodegas y tienen casi todas las momias marcas de grilletes o cadenas, eso explica los aullidos que recuerdo de mi infancia, que parecían salir de la tierra y de ahí salían, ya ves.

Total, que a pesar del parecido con el cuadro de los ancestros lo he tirado a la fosa container, que por cierto ya se está llenando y ahora no viene nadie a vaciarla. Te cuento estas tontadas a ver si se te queda algo, ya ves que nunca me vengo abajo, ya llevas veinte o treinta años con ese cuerpo tonto y sigo intentando que me entiendas o lo



que sea, en fin, ayúdame a cargarlo que se ha roto el carrito, todo se rompe, y este tío pesa lo suyo, estoy decidido a despejar la bodega de abajo, aquí ya no se puede aguantar, coge de ahí, que no muerde.

—¡Yayo, yayo!

Qué delirio. Vale pues, le he dejado que se lo meta en su cuarto, le ha cogido cariño, a fin de cuentas es la primera vez que demuestra apego a alguien, es asombroso, el médico me dice que quizá tiene evolución lenta y le ha llegado el momento de los afectos, y que puede ser peligroso, lo que faltaba, el médico insiste en que ese programa de cuerpos de efebos estaba ya muy obsoleto cuando lo ofreció la comarca, toma, por eso lo daba gratis, ya le avisé yo, pero no me hizo caso. Ahí está con su “abuelo”, que no lo suelta ni para dormir.

Lo que es verdad del cuerpo del efebo es que no se deteriora ni envejece, así como el del médico va para atrás, y eso no tiene buena pinta, el de este inútil siempre está igual, y buenas ofertas le han hecho en estos años para encimarse pero como, según el médico, no le habían venido los afectos... a ver ahora si se anima.

Ni de noche se puede salir a la calle, te derrites, sientes que se te deshacen

los huesos. He desistido de despejar la segunda bodega, temo encontrar más momias, con lo que pesan. Ah, ¿qué quieres tú ahora?

—Mira, lo hemos revivido, el médico y yo hemos revivido al yayo.

—¡Hablas!

Más me asombra el habla del efebo que los torpes pasos del neandertal resucitado, que sin duda es un ingeniero de las malas artes del niño médico... le habrá puesto un motorcito...

—No, es él —dice el médico, muy ufano—, su propia entraña, ha bastado una inyección. Y eso que estaba caducada.

Todo esto lo sé porque lo he visto. Hace treinta o cuarenta años lanzaron una especie de insectos cuyos ojos grababan y hacían fotos de todo y lo enviaban a su nube, pero eso se canceló, aunque los insectos han seguido reproduciéndose y haciendo su trabajo, pero como no tenían dónde enviar la información, la única forma de librarse de ese peso, digo yo, es picar... y con la picadura transmiten los bits y por eso sé todo esto, porque lo estoy viendo y es lo que pasó ayer u hoy. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).